



REISKOLEM

Por Magnus Dagon

Como una sombra de muerte, el Sol cayó en el horizonte, tiñendo de negro la ciudad, tapando con su ausencia todo rastro de dolor y devastación. Los edificios perdieron brillo, las calles se apagaron. Era el momento en que se debían encender las farolas, las luces de las casas, el momento en que despertaba otro modo de vida, pero nada de eso ocurrió.

La noche lo cubrió todo.

Skolem no tardó en despertarse. Hacía mucho que se había acostumbrado a identificar cada crepúsculo desnudo con un nuevo amanecer. Permaneció un tiempo con los ojos cerrados, hasta que los abrió con esfuerzo. Allí, quieto, esperó hasta que pudo distinguir las siluetas de sus compañeros, moviéndose con lentitud. Poco a poco la vida invadió el sótano.

—Vamos, gente, hoy es día de guardia —dijo, y se lo repitió para sí varias veces, como un mantra.

Mientras sus hombres se preparaban se acercó al fondo de la sala, esquivando mesas y ordenadores dispuestos a modo de barricada. Allí



estaban los niños, durmiendo plácidos, ajenos a lo que estaba pasando. Se acurrucaban unos junto a otros para calentarse, arrinconados contra la esquina. Skolem los contó mentalmente: siete. Ya sólo eran siete. Se esforzó por no hacer ningún ruido y no despertarles, pero luego se dio cuenta de lo estúpido de su proceder. Si los gritos y chillidos del exterior no les habían despertado nada lo haría, ni la más horrenda de sus pesadillas.

Se preparó para salir al exterior, como siempre hacía. Se puso el cuchillo en la cintura, cogió la sábana, la dobló con cuidado y se la echó al hombro. Sacó su vieja brújula oxidada y rota, la miró y se la guardó de nuevo, como para recordar que llevaba un amuleto. A pesar de no ser de utilidad, siempre la guardó con aprecio, como si le recordara que hubo una época en la cual el mundo era ordenado y por tanto dicha brújula tenía hacia donde apuntar. Pero ya no. La manecilla estaba estática e inmóvil, y sabía que así permanecería en adelante. Acto seguido cogió su linterna, ajustó la boquilla para que tuviera la menor intensidad posible, la apagó y se la metió en el bolsillo. Por último, con una mano cogió la pistola y con la otra el martillo. Una vez estuvo listo, fue a pasar revista a los suyos. Iban armados de manera similar, con tabloncillos claveteados, barras de metal y todo aquello que pudiera ser susceptible de usarse para provocar dolor físico. Tras completar la revisión, se acercó a Sinn. Para Skolem era algo así como su segundo al mando, si es que se podía hablar de una jerarquía en aquel caos.



—Hoy quiero que tú te encargues de revisar el edificio —dijo con contundencia—. Yo patrullaré por el exterior. Deja a gente aquí que se quede con los niños.

—De acuerdo —respondió Sinn.

—No hace falta que se queden, Skolem —respondió una voz detrás suyo.

Skolem se volvió poco a poco. Ya sabía que se trataba de Eser. Era fácil reconocer su tono cálido e imperativo, así como su andar sigiloso y cauto. Para él la oscuridad no era ningún obstáculo, pues nunca sus ojos habían visto la luz. Skolem se apartó de los suyos para responderle. No quería discutir delante de ellos.

—Quiero que se queden. Me preocupa lo que pueda pasarles a los niños y a vosotros.

—Sólo sois diez ya, contándote a ti —respondió suave Eser—, y hoy es día de guardia. Vais a necesitar toda la ayuda posible.

—No pasa nada porque dos de ellos se queden aquí. Sólo es precaución, nada más.

—Como quieras, Skolem. Tú sabes mejor que yo qué es lo que hay allí fuera.

—Que no lo veas no quiere decir que no lo sepas. Debo serte sincero, Eser. Te envidio.



—¿Por qué me envidias? —dijo Eser sorprendido. No notó la más mínima sensación de celos en la voz de Skolem. Se preguntó si no lo estaría haciendo para que se sintiera mejor.

—Porque aunque ahora estamos ambos en la misma situación, eres anciano y ya has tenido una vida, has conocido tiempos mejores. Mi vida antes no era nada, y esto es lo que a mí me ha dejado el mundo, desesperación en los rostros de los que me rodean.

—Tú eres su esperanza, Skolem. Yo ya soy viejo y es poco lo que puedo hacer. Pero a ti te escuchan. No dejes que se rindan, porque aquí donde estamos rendirse es morir.

—Vamos a salir al exterior. Despidete de Reis de mi parte.

—Díselo tú. Ella querrá que tú se lo digas.

—No lo creo así.

—Pues deberías creerlo. Mira, se está despertando —dijo oyendo ruidos a su espalda—. Estás a tiempo de decírselo.

Skolem miró al fondo y vio a Reis levantándose poco a poco. Encendió la linterna y la enfocó donde estaba ella, un gesto que hubiera deslumbrado a cualquiera, pero a ella no, ya que, como Eser, era ciega. Se fijó en sus ojos, grises y bellos, llenos de vida y fuerza pese a ser unos órganos inútiles. Al momento le invadió la pesadumbre.

—Debo irme ya —dijo a Eser. Éste bajó la cabeza.

—Ve —dijo al fin.



Nada más salir del amplio sótano de oficinas donde se encontraban, Skolem y su grupo llegaron al hueco de las escaleras. Se dividieron en dos, con Skolem y Sinn a la cabeza, y avanzaron en paralelo mientras subían los cinco pisos que les separaban del exterior. Las paredes estaban llenas de mensajes, pero la oscuridad no dejaba leerlos bien, pese a ser enormes; por otro lado, ninguno de los combatientes se fijó en ellos. Ya eran parte de su día a día.

Llegaron por fin a la planta baja, donde estaba el hall. Los dos grupos formaron con todo el orden que los escombros y la multitud de variados objetos desperdigados por el suelo permitieron y se colocaron uno frente al otro, estando Skolem frente a Sinn.

—Bien, encárgate de las plantas del edificio —dijo Skolem—. Procura que no se gasten balas, no recojas a ningún atacante ni víctima y procura no dañar ningún andamio ni muro de carga al destruir los Ovordul que vayas encontrando.

Ovordul era el nombre que daban a los mensajes escritos que se encontraban al patrullar. No era normal encontrarlos en las paredes, lo habitual era que estuvieran en las calles, con sus letras enormes y sus rasgos violentos. Se acostumbraron a llamarlos Ovordul desde que Eser les dio tal nombre. Al principio a Skolem le pareció algo ridículo, pero se acostumbró poco a poco a esa manía de Eser de dar nombre a cosas que ya lo tienen. Los Ovordul... se quedó pensando un momento. Nunca había leído



ninguno, ya que no sabía leer, al igual que sus hombres. Ésa, concluyó, fue su salvación.

—Así lo haremos —respondió Sinn, sacando a Skolem de sus pensamientos—. Nos veremos aquí antes del amanecer.

Los dos grupos se separaron, cada uno con su respectivo líder a la cabeza. Skolem y sus cuatro hombres salieron a la calle. La noche era cerrada y tenebrosa, pero enseguida vieron luces de linternas. Lejos de tranquilizarles, eso les alarmó más. Al poco se oyó un grito estremecedor. Venía de la dirección de las luces.

—Hay un grupo de Erkum por allí —se apresuró a decir Sam, uno de los hombres—, y parece que atacan a alguien.

—No vayas —ordenó Skolem—, no podemos hacer nada.

El grito se intensificó. Era de mujer.

—¡No podemos quedarnos de brazos cruzados!

—¡No seas estúpido, Sam! No podemos hacer nada. Tenemos que buscar comida y pilas para las linternas.

—Lo siento, Skolem —dijo Sam en voz baja en lo que corría hacia el lugar. Skolem pensó que Sam era una buena persona pero un mal soldado, y si él fuera un buen general se olvidaría de él y le abandonaría a su suerte.

Pero Skolem no era un buen general.



Dejó al cargo de la comida a sus otros tres compañeros mientras salió tras Sam. Encendió la linterna teniendo mucho cuidado de dónde apuntar con ella. En el camino vio unos cuantos Ovordul. Ponían cosas como *arráncale los ojos o destrózalos*, pero a él le daba igual lo que pusieran, ya que no sabía leerlos. Sólo le importaba que eran Ovordul, y como tales había que hacerlos desaparecer. Sin embargo en aquel momento su prioridad era el insensato de Sam.

El grito se convirtió en un aullido de dolor. Al fin llegó a la zona de las luces y vio lo que se temía: había una mujer en el suelo y estaba siendo brutalmente golpeada por un montón de personas que actuaban como animales salvajes. Eran de todo tipo, hombres y mujeres, niños y ancianos, desatados e incontrolables, como si hubieran dado rienda suelta a sus más bajos instintos. Sam trataba de alejarlos, pero era inútil.

—¿Dónde está? —gritó Skolem.

—No puedo con ellos... son muchos...

—¡Olvídate de ellos! ¿Dónde está el Ovordul?

—¡Lo estoy buscando, pero no lo encuentro!

Skolem empezó a mirar por todas partes. Tenía que verse, ser legible, por lo menos para alguien que pudiera leer. Por fin vio uno de tamaño considerable que ponía *matadla a golpes*. Suponiendo que era el que buscaba, corrió hacia él y lo tapó con la sábana. Al instante las



personas recuperaron la normalidad, vieron lo que habían hecho y salieron corriendo. Sam se acercó a la mujer, la cual estaba agonizando.

—Dejadme... salvaros... —dijo antes de morir.

Skolem retiró la sábana, pero ya no había nada escrito. El Ovordul había desaparecido, como por arte de magia. Se acercó a Sam.

—Sé que es duro, Sam, pero es inútil. No podemos salvarles de ellos mismos.

—Lo sé —dijo éste—, pero no puedo... no puedo quedarme de brazos cruzados mientras mueren.

Volvieron de nuevo a la base del edificio, tapando todo Ovordul que se iban encontrando, ayudando a la gente en peligro. Sin embargo Skolem sentía que lo que hacía era en vano, que era como apagar un fuego con un lanzallamas. Nada más llegar se unieron a los otros tres compañeros para defender la posición. Estaban siendo atacados por un montón ingente de personas que, como el anterior, se encontraba fuera de control.

—¿Habéis encontrado comida? —preguntó Skolem a Stern, otro de los suyos.

—No hemos podido avanzar. Está lleno de Erkum por todos lados —respondió.

Skolem miró el edificio de oficinas y se preguntó cómo le estaría yendo al otro grupo. De pronto se dio cuenta de que aquella iba a ser una noche muy larga.



La vida en el sótano del edificio era monótona e interminable. Era algo que Reis sabía muy bien. El tiempo pasaba con una lentitud extrema, no había nada que hacer nunca. Era fácil avivar los demonios internos. Reis conocía los suyos, demasiado para su gusto. A pesar de llevar cinco años encerrada allí dentro, se remontaban a mucho más atrás. Antes de los Ovordul. Era una prometedora estudiante de ciencias políticas. No es que su vida fuese sorprendente o insólita, era una vida normal, entendiendo como normal similar a la de la gente que la rodeaba. Hasta que tuvo el accidente. El conductor ni la vio cruzar. El golpe fue tan brutal que destrozó el parabrisas con la cabeza y rebotó en el suelo. Perdió para siempre la visión, pero más que eso, lo que perdió de verdad fueron las ganas de luchar. La vida se hizo cuesta arriba y deseó ser arrastrada por una ola de destrucción, pero cuando la ola llegó y se negó a aceptar su parte del trato, comprendió lo peligroso que es desear algo y echarse atrás.

Recordó la primera vez que oyó hablar de un Ovordul. Fue en una zona apartada de la ciudad. Un transeúnte mató a una mujer en la calle con sus propias manos. No hubo testigos y el asesino insistió en que no actuó de manera consciente, que un mensaje en suelo ponía *mátala* y al leerlo perdió la voluntad. Sin embargo, a pesar de insistir en ello, se declaró culpable. El caso llegó a los tribunales, se dictó sentencia y allí fue olvidado. No obstante el tiempo trajo más casos. Suicidios, vandalismo, violaciones...



todos con un denominador común, esos mensajes que parecían transmitir órdenes imposibles de rechazar mientras se leyeran. Sin embargo no eran más que un rumor. Hasta que el rumor se hizo realidad.

Aparecieron a miles. De un día para otro, sin previo aviso. La ciudad se convirtió en un auténtico infierno. Aunque su ceguera la hacía inmune al contenido de los mensajes, Reis aún no acertaba a descubrir cómo sobrevivió. Pensó que nadie más había resistido, que la ciudad entera había sucumbido, y entonces se encontró con Eser, otro invidente como ella. Juntos aguantaron en las calles hasta que Skolem, en una de sus patrullas, les recogió. Skolem... le debía la vida, y no sabía cómo agradecersele. Se sintió una miserable por no ser capaz casi ni de hablarle; no es que no le apreciara, al contrario, le apreciaba muchísimo. Era sólo que no sabía siquiera cómo encadenar las primeras palabras. Él era la piedra sobre la que se apoyaban todos y ella era... ella era sólo una ciega insignificante.

Reis notó que quedaba poco para amanecer. Los rumores de la calle se hacían más densos, más inquietantes. Era consciente de que si Skolem y los demás no volvían pronto no tendrían una sola oportunidad allí fuera. De día, con todos esos enormes Ovordul por todas partes, pudiéndose leer a largas distancias... los Erkum, las personas que actuaban contra su voluntad, acabarían con ellos en un abrir y cerrar de ojos.

A pesar de estar charlando con los niños, Eser también sintió la llegada del alba. Como de costumbre se acercó a Reis para hacerla



compañía, avanzando tranquilo entre los escombros. Tantos años habían hecho que memorizara cada rincón, esquina y mesa caída con absoluta precisión.

—Dentro de poco será la hora de dormir, Reis.

—Sí, me he dado cuenta.

Eser sabía que no era fácil dormir en aquel lugar, y menos aún para ella. No con sus demonios.

—¿Quieres que hablemos? —dijo Eser tratando de animarla, aunque fuera a base de torturar la mente.

—¿A veces no piensa que esto es una locura? Mensajes que aparecen y desaparecen, personas que actúan como si estuvieran hipnotizadas... es como si de repente la ciudad se hubiera vuelto loca, hubiera decidido que somos un cáncer para ella y que por tanto debe erradicarnos.

—No somos un cáncer. Tal vez el ser humano lo sea para la Tierra, pero ni tú, ni yo, ni Skolem y los demás, ni ellos —dijo pensando en los niños— lo somos. Sólo somos personas. Personas que han hecho de sus defectos virtudes.

—¿Cree que alguna vez los libros hablarán de nosotros? ¿De dos ciegos, diez analfabetos y siete niños que estuvieron cinco años resistiendo en un edificio de oficinas abandonado?

—Puede ser. ¿Te gustaría eso? —dijo Eser sonriendo. Aunque Reis no veía su rostro, sabía que esbozaba una sonrisa.



—Sí, creo que sí, aunque me asusta pensar qué dirían de mí.

—Dirían que fuiste una mujer valiente.

De repente uno de los niños se acercó corriendo a Eser y le tiró de la manga.

—¡Profesor, profesor! ¿Cómo se decía mesa?

Eser se giró. Antes de los Ovordul y los Erkum, había sido profesor de literatura, y cuando los niños le llamaban profesor conseguía olvidar, por un fugaz momento, que estaba a cinco plantas del suelo, enterrado en vida sin posibilidad de abrir la tapa del ataúd.

—Perdona, Eri. No te he oído.

—¿Cómo se decía mesa?

—Se decía gan. Y no olvides que si es plural, se dice gank.

—Gracias.

Se dio la vuelta para irse, pero Eser le paró un momento.

—Espera, Eri. Dile a Reis lo que me decías antes.

—Yo...

—No tengas miedo. Reis te guarda el secreto, ¿verdad, Reis?

—Verdad —dijo ella con voz cálida. Poco a poco se iba animando.

—Decía... decía que cuando todo acabe voy a salir fuera y voy a escribir una palabra muy grande, para que todos la lean. Bueno, cuando aprenda a escribir.

—¿Y qué vas a escribir, cariño? —preguntó Reis.



—Pues no lo sé... algo que sea bonito...

—¿Por qué no escribes 'esperanza'?

—No, es que...

—Quiere inventar una palabra nueva —dijo Eser.

—Bueno, yo... también me gusta eso otro... no sé...

—¡Ya sé, Eri! —dijo Reis—. Puedes hacer las dos cosas. Escribe una palabra nueva, pero que para ti signifique esperanza. ¿Qué te parece?

—Sí, me gusta —dijo el niño ilusionado.

—Dame un abrazo —dijo Reis. Eri se acercó, se abrazó a ella y se sintió dichosa. Pensó que los niños eran un regalo del cielo en momentos como aquel.

En aquel instante se oyeron ruidos de pasos. Eran Skolem, Sinn y los demás, que llegaban a tiempo para refugiarse antes de ser pasto de los Erkum. Cada uno de ellos volvió al lugar del sótano donde solía instalarse y se fueron deshaciendo, uno a uno, de los objetos de batalla: doblaron sus mantas, apagaron sus linternas y lo dejaron todo bien guardado como el más preciado de los tesoros. Tras guardar sus cosas y ver un momento a Chris, uno de los suyos, que había sido herido en el hombro con una piedra, Skolem se acercó a Reis y a Eser. Éste último se alejó con sutileza, llevándose consigo a Eri hacia donde estaban los demás niños.

Skolem se encontraba muy cansado. Había sido una noche difícil y no le apetecía hablar, pero sí quería hablar con Reis. Sin embargo no sabía



muy bien qué decir. Los momentos de ese tipo eran los que reavivaban en él la obsesión de que no era más que un estúpido analfabeto el cual había llegado a lo más alto de su vida siendo no más que un capataz de obra. No obstante consiguió alejar ese pensamiento fugaz de su cabeza.

—¿Qué tal aquí? —preguntó. Al instante pensó que era una pregunta vacía, tonta y carente de significado.

—Todo está bien —respondió ella—. Por fortuna aquí nunca pasa nada. ¿Cómo os ha ido a vosotros?

—Bien, lo único malo es que Chris ha sido herido y hemos perdido una bala, pero salvo eso, bien.

Pensó en la mujer a la cual Sam y él no habían podido salvar, y al ver a Reis pensó que podría haber sido ella, pero no se lo iba a decir. Se dio cuenta de que en sus ojos grises ya se escondía algo triste, y no quería encontrarse con nada más.

—Supongo que debe ser duro ver todo eso tan a menudo —dijo ella.

—No, no lo es tanto. Acaba siendo una rutina.

Skolem sabía que jamás sería una rutina.

Reis notó que Skolem ocultaba lo que decía, tal vez porque no se sentía cómodo con ella y no era capaz de expresarse. No sabía qué añadir ni cómo hacerlo, y empezó a ponerse nerviosa. Entonces notó que alguien se acercaba. Suspiró aliviada.



Skolem se volvió hacia Sinn, el cual ya había llegado donde estaban. Su aspecto y el de su grupo no era tan demacrado como el del grupo de Skolem, pero parecía presa de una gran preocupación.

—Tenemos que hacer una asamblea. Algo malo está ocurriendo en el edificio.

—Muy bien. Reúne a todos. Nos sentaremos donde siempre.

Sinn se fue a toda prisa, alterado pero más tranquilo, ya que había traspasado parte de sus inquietudes. Skolem pensó en las palabras de Sinn y recordó la masacre de los túneles de Perk, hacía siete años. Él y su grupo encontraron unos subterráneos llenos de cuerpos de refugiados como ellos. Habían sido acorralados y asesinados sin piedad. Sin embargo no encontraron Ovordul ni Erkum alguno. Sólo hallaron el inconfundible aroma de la muerte. No estaba dispuesto a que se repitiera algo así.

—Déjame que te ayude, Reis —dijo él. Le dio la mano y ella la cogió temblorosa. Entonces deseó con fervor que un segundo durara una eternidad.

Todos estaban ya dispuestos para la asamblea, sentados alrededor de un par de mesas rotas que trataban de aportar carácter serio a dicho acto. Los niños jugaban al fondo pero sin Eser, rodeado de los hombres de Sinn y Skolem. Éste último llegó acompañado de Reis y se sentaron, ella a su derecha y Sam a su izquierda. Sinn, que estaba frente a ellos, comenzó a hablar.



—De un tiempo a esta parte no encontramos casi Erkum en el interior del edificio, y los pocos que hallamos suelen huir. Como si no quisieran ser descubiertos.

—Sin embargo en el exterior cada vez hay más —dijo Chris, que se tapaba la herida del hombro con la mano.

—Todo esto tiene mala pinta —siguió Sinn—. Es como si estuvieran buscando algo, ¿pero qué? Si pudiéramos leer los Ovordul todo sería más fácil, pero no es así.

—Está claro —dijo Skolem— que aquí hay algo que quieren. Es raro, porque hemos revisado el edificio de arriba abajo y no parece haber nada que justifique semejante interés por su parte. ¿Creéis que hay peligro inminente? —dijo dirigiéndose tanto a Sinn como a su equipo.

—Yo creo que sí —dijo Ray, uno de los de Sinn—. No sé decir por qué, pero lo creo.

—Todos lo creemos —añadió Sinn.

—Es probable que se aprovechen de que pronto amanecerá para continuar buscando —comentó de repente Eser.

Hubo un corto silencio. Todo el mundo estaba pensando lo mismo pero nadie se atrevía a comentarlo. Finalmente Skolem, con la templanza que le corresponde a un líder, rompió la pausa.



—Tenemos que investigarlo cuanto antes. Yo y tres hombres subiremos ahora a las plantas superiores. Sé que la idea es muy arriesgada, ya que es de día, pero no nos queda otra opción. Necesito tres voluntarios.

—Yo iré —dijo Sinn levantándose.

—Yo iré también —repitió Sam levantándose al poco.

Nadie más se levantó.

—¿Y bien? —dijo Skolem.

De pronto, del grupo de los niños salió Eri y se acercó a Eser.

—Quiero ir yo —dijo de repente.

Todos los presentes enmudecieron. De pronto, avergonzados, los hombres de Sinn y Skolem se levantaron de su sitio para ofrecerse voluntarios. Skolem se levantó a su vez y se quedó un rato pensando.

—Ven tú, Ray —dijo mirándole—. Bien, los demás quiero que estén alerta. Que cuatro de vosotros vigilen la puerta y los otros dos protejan a los niños, a Eser y a Reis. Eser, ten a los niños lo más lejos posible de la puerta. Al fondo hay un panel donde pueden esconderse en caso de necesidad.

Skolem sabía que allí no cabrían todos, pero al menos algunos de ellos sí, y eso, en caso de emergencia, era mejor que nada.

—Se acabó la asamblea —finalizó.

Reis pensó en Skolem, física y moralmente agotado pero aun así luchando, y sintió una gran admiración hacia él. Quiso ayudarle de algún



modo, pero no supo cómo. Nunca sabía cómo. Se limitó a dejar que le tomara la mano para ayudarlo a levantarse y le dejó ir a prepararse. Quiso despedirse, pero no podía. Entreabría la boca, pero no le salían las palabras.

Skolem cogió el cuchillo, la pistola y el martillo. Dejó la linterna, pues no la iba a necesitar, y tras mucho pensarlo también la sábana, pues concluyó que le restaría movilidad. Sacó la brújula del bolsillo y se quedó mirándola. Por un momento le pareció que se agitaba, como si tuviera conciencia propia, quisiera decir algo y esa fuera su manera de expresarlo. Trató de moverla, buscando un leve giro de la aguja, pero nada. No se movía en absoluto. La guardó y se acercó a Reis de nuevo.

—Venía a despedirme.

—Adiós —dijo ella sonriendo para sus adentros.

Mientras iban subiendo las escaleras del edificio, a Skolem le asaltó el fugaz pensamiento de que estaba llevando a cabo un cambio en su vida diaria. No tardó en sorprenderse de lo extraño de ese pensamiento, pues para tener vida diaria hay que tener una vida, y eso que ellos tenían, concluyó, no era ni parecido a vida.

El ascenso era muy lento y gradual, dado que tenían que asegurar cada paso que dieran. A medida que subían se iban fijando en las paredes. Nada. Como si nunca hubiera habido nada escrito en ellas. Nada ni nadie



salvo ellos cuatro. Reinaba una tranquilidad inquietante y aterradora. Sam iba a la retaguardia, vigilando cada puerta entreabierta y cada muro derribado. Era como si el viento se hubiera llevado toda la lucha, todo el dolor a otra parte.

Comenzaron la exploración de las plantas como mejor pudieron, pues no era fácil rastrear un hervidero de objetos revueltos como aquel. Por fortuna, pensó Skolem, hacía ya tiempo que habían retirado los cuerpos de los ocupantes del edificio, en caso contrario el hediondo olor hubiese imposibilitado seguir adelante.

El día llegó por fin en su plenitud, aunque casi no lo notaron. A lo largo de los años se habían encargado de tapar las ventanas lo mejor que pudieron, de modo que sólo se filtraban débiles rayos de luz, deslizándose desde las rendijas ocultas, las esquinas huidizas o los agujeros de bala en las paredes. Era la primera vez que veían una luz tan intensa en años. Tanto Skolem como sus acompañantes pensaron que podría ser la última.

Llevaban varias horas fuera y parecía que no iban a encontrar nada, pero algo cambió en el último piso, el piso veinte. Era una planta dedicada a maquinaria, calefacción, en general infraestructura del edificio. Una gran cantidad de pasillos, ramificados a su vez, se extendía y desplegaba por todos lados. No era un lugar demasiado intrincado, pero en las circunstancias en que lo iban a recorrer suponía un auténtico laberinto. Los pasillos estaban salpicados con Ovordul, pero eran de una clase especial;



más pequeños que de costumbre, tan pequeños que no resultaba raro pasar alguno de largo.

Sinn se acercó a uno que tenía a su lado. Ponía *busca la sala central*. Pero eso, claro, él no lo sabía.

—Me siento impotente —susurró angustiada.

—Lo que están buscando está por aquí —dijo Skolem—. Por eso los Ovordul son tan pequeños, no quieren que reparemos en su presencia. Y donde hay Ovordul...

Sam y Ray captaron la idea y buscaron posiciones desde las cuales captar bien la zona y no ser sorprendidos. Ray se colocó al final de un pasillo de salida, pero cuando Sam iba a hacer lo propio, algo le alarmó.

—Suenan desde la calle —dijo—. Pero no suenan normales, suenan...

—Suenan mucho más fuerte —acabó Sinn.

A Skolem no le hacía falta asomarse para saber de qué se trataba. Estaban rodeando el edificio, en una cantidad ingente que prefería no verificar. Sin embargo algo no le cuadraba. ¿Por qué iban a rodear el edificio si no eran capaces de...?

Se quedó mirando al infinito, y entonces lo comprendió.

—¡Hay uno en esta planta! —gritó—. ¡Por lo menos uno! ¡Separaros, buscadle y matadle en cuanto le veáis! ¡Corred!

Los demás no sabían muy bien el por qué de esa orden repentina, pero el instinto de supervivencia les había preparado para reaccionar con



destreza en aquellas situaciones. Se dispersaron en lo que todos preparaban sus armas más letales: Sinn la escopeta, Ray un bate, Sam un puñal y Skolem la pistola.

Skolem corría precipitadamente, oyendo el ruido de sus pasos y los de sus compañeros en los pasillos adyacentes, esforzándose por captar otros pasos distintos, pero no escuchaba nada. No obstante pensó que iba por buen camino, pues los Ovordul se incrementaban cada vez más hasta que cesaban frente a una puerta cerrada. Sin tiempo de pensar, la derribó de una patada. Era una pequeña sala semioscura con circuitos cerrados y otros utensilios que en su momento debieron garantizar la seguridad del edificio. Al fondo, junto a un cuadro de mandos, había un Erkum, un anciano, y en la pared contigua un Ovordul de gran tamaño que ponía *enciéndelo*. Pese a que Skolem no podía leerlo, tenía claro lo que ponía. Tomando una de las decisiones más duras de su vida, disparó por la espalda al anciano, el cual cayó al suelo de rodillas. Sin embargo, antes de morir, apretó un botón.

Y la luz artificial se extendió de nuevo por el edificio.

En aquel preciso momento los cuatro se llevaron las manos a los ojos, pues les producía ceguera tanta intensidad luminosa. En cuanto pudieron abrirlos, vieron que los Ovordul de las paredes habían



desaparecido. Al mismo tiempo los ruidos del exterior se agravaron. Skolem trató de apagar la luz, pero era inútil. Se trataba de un sistema de emergencia.

—¡Tenemos que bajar cuanto antes! —gritó.

Los cuatro hombres no tardaron más de diez segundos en reunirse de nuevo en el hueco de las escaleras y comenzaron el descenso frenéticos, pues cada instante era crucial. A medida que se iban acercando a las plantas inferiores, los Ovordul iban cubriendo las paredes, hasta que, en los pisos más bajos, las llenaban por completo. No eran muy grandes; era su número lo que resultaba abrumador. Su caligrafía era dura, llena de picos y aristas, como si hubieran sido escritas por una mente enferma, mezclando mayúsculas y minúsculas, y todos coincidían en lo mismo: *matadlos*. No hacía falta saber leer para comprender lo que decían.

—¡Corred más! —chilló Skolem. No paraba de torturarse con la idea de que la culpa era suya por no haber reaccionado a tiempo.

Cuando llegaron al hall se encontraron con una gran barricada formada con archivadores, mesas de oficina y los muebles más pesados y contundentes del lugar.

—Nos han incomunicado—concluyó Sinn.

Al otro lado se oía un griterío como pocas veces habían oído antes. Era evidente que, por si no era suficiente con tan arrolladora barrera, unos cuantos Erkum la reforzaban con sus propias manos, jóvenes y fuertes.



Trataron de echarla abajo, tanto uno por uno como en grupo, pero fue en vano. Comprendieron que conseguirlo no era más probable que derribar una pared a puñetazos. Desde la parte opuesta se oía el sordo estruendo de las balas que con tanto esfuerzo habían racionado, una detrás de otra, hasta que dejaron de escucharse. La desesperanza invadió sus corazones.

—Lo que no entiendo —dijo Ray hundido— es por qué no nos matan ahora.

Pero Skolem sí lo sabía. Todo era un juego. Se estaban divirtiendo con ellos. Y no estaba dispuesto a permitir que eso continuara.

No mucho después todo ruido cesó. Sin la oposición de los Erkum pudieron, con mucho esfuerzo y tiempo, retirar la barricada y pasar al otro lado. Bajaron las escaleras con rapidez, aunque sentían que ya era absurdo correr, y llegaron al sótano cinco. Nada más llegar y asomarse, Skolem se dio cuenta que hasta ese momento nunca había visto a Sinn llorar.

Sam, Ray y Sinn cogieron los cuerpos de tres de los niños y se los llevaron con el mismo cariño que si hubieran sido sus propios hijos. Skolem avanzó con lentitud a través de la sala, observando a Stern, Chris y los demás compañeros caídos. Al fin, al borde del agotamiento, llegó al fondo. Allí estaba Reis.

No tardó en ver que no había sufrido ni pasado dolor. Tenía una herida en la cabeza, tal vez un resbalón o un golpe. Se alegró de que su muerte fuera tan piadosa, la misma alegría que alguien siente cuando la



tristeza está sólo a un paso de devorarlo. Agachó la cabeza y pensó que ya no deseaba levantarla más, pero vino a su pensamiento la imagen de ella, nítida y clara, y sus ojos grises y raros y sintió que se lo debía. No sabía por qué, pero se lo debía. Se puso en pie poco a poco, como si fuera la primera vez que lo hiciera, y dejó caer sus armas. De pronto se dio cuenta de que no estaba el cuerpo de Eser, y recordó el panel. Al acercarse hacia el lugar donde estaba, oyó respiraciones entrecortadas. Levantó el panel y vio a Eser con cuatro niños. Salieron corriendo y se abrazaron a Skolem.

—Pensábamos que íbamos a morir —dijo Eri sollozando.

—No digas eso —respondió Skolem.

Sam ayudó a Eser a salir. Estaba muy magullado, pero parecían heridas leves.

—Atacaron como un enjambre de abejas —dijo Eser—. Llegaron y...

—Déjalo —dijo Skolem—. Es mejor así.

Dedicaron el resto del día a tratar de apagar las luces, pero no pudieron. Concluyeron que lo mejor era marcharse cuanto antes, buscar un nuevo escondite. Hicieron los preparativos para la partida todo lo deprisa que pudieron, tapando a los caídos con las sábanas. Cuando ya todos estaban a las puertas, Skolem se adentró una última vez en la sala que durante cinco años fue su hogar. Eser se acercó con él.

—Siento mucho lo de Reis —dijo de repente.



—Lo sé —se limitó a responder Skolem. Hubo un gran silencio tras el cual añadió:

—Era de la clase de personas que hacían que deseara levantarme cada mañana.

—Antes de morir me dijo sus últimas palabras. Son para ti.

Skolem no supo qué decir en ese momento.

—¿Cuáles son? —preguntó al fin.

Eser las pronunció con calma y Skolem, tras oírlas, se maldijo eternamente por haber preguntado.

A partir de aquel acontecimiento la supervivencia se hizo más difícil. A duras penas lograron salir del edificio de oficinas y llegar a otro, en el cual no pudieron permanecer mucho tiempo, y de ese a otro, y a otro, y a otro... hasta que acabaron en las alcantarillas y los subterráneos de la ciudad. Un buen día Sinn, Ray, y Sam salieron por comida y no volvieron. Skolem fue a buscarlos, pero antes de irse le dio un objeto a Eri, pues sabía que tampoco volvería. Y nunca volvió.

Poco a poco, con el paso del tiempo, los Erkum fueron disminuyendo. La precaria vida que llevaban hizo mella en ellos hasta que desaparecieron por completo al cabo de veinte años. Las calles quedaron desiertas, vacías y desoladas. Pero de las entrañas de la ciudad, alguien surgió.



Nevaba sin fuerza pero sin pausa, como si lo hubiera estado haciendo durante años, cuando una tapa de alcantarilla fue levantada desde dentro y Eri salió al exterior con sus tres compañeros, dos chicas y un chico, ya adultos. Tenían un aspecto demacrado y desnutrido, pero en términos esenciales estaban bien de salud. Cruzaron las calles sobrecogidos, como si no creyeran lo que estaban haciendo. Se cruzaron con montones de Ovordul, pero no les hicieron ningún caso. No parecía que les afectaran. De repente una de las chicas habló.

—¿Unk al etm Eri? —dijo.

—Imer dulen Ovordul —respondió Eri. Pensó en Eser, muerto ya de viejo, y en el maravilloso regalo que les había dado: un nuevo idioma con el que empezar desde cero. De pronto recordó algo que quería hacer. Buscó una tienda de bricolaje a lo largo de la calle y cuando la encontró cogió de ella una brocha y un bote de pintura. Se sacó del bolsillo la brújula rota y oxidada y la miró con media sonrisa. La guardó y empezó a embadurnar la brocha. Hacía ya tiempo que había decidido el significado de esperanza en ese nuevo idioma. Se puso manos a la obra y la escribió todo lo grande que pudo, para que todos aquellos que la leyeran, aunque estuvieran muy lejos, pudieran apreciar, con claridad, que ponía Reiskolem.

(Gracias a Felipe por ayudarme con la idea y a Inma y a Sam por prestarme, respectivamente, su apellido y su nombre).



Autor: Magnus Dagon (seudónimo literario de Miguel Ángel López Muñoz); Madrid, España.

Relato finalista del Premio Andrómeda 2006 – Primera publicación en la antología *Mensajes Perdidos*, Libro Andrómeda núm. 15.

Hyperespacio Andrómeda. www.libroandromeda.com

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en Internet:

Reconocimiento – Sin obra derivada – No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.